

EDUARDO BERTI

Maneras de leer

Pequeño obrador de lecturas potenciales

Ilustraciones de ÉTIENNE LÉCROART

«Instalar una ley es romper otra. [...] Mantener una ley implica también reinventar permanentemente esa ley».

BORIS GROYS,
Volverse público

«Victorine cerró los ojos y siguió leyendo».

EDMOND ABOUT,
Les Mariages de Paris

Breve nota para un método

MUCHOS AUTORES HAN AFIRMADO o han sugerido que la creación literaria puede entenderse como un «gran juego que se juega seriamente». Si convenimos que es así, ¿por qué tendría la lectura que ser solemne, taciturna? Si leer puede ser una fiesta, ¿por qué limitarse a una serie de reglas idénticas o de protocolos previsibles?

Desde luego, toda lectura es creativa. Por ejemplo: cada lector o lectora tiene que poner una cuota de sí para completar esa descripción (de un lugar geográfico, de un personaje, de un objeto, de una emoción) que propone el autor del libro. Cada lector o lectora ha imaginado una voz distinta para Don Quijote o para la pequeña Alicia, un rostro diferente para madame Bovary, un aspecto monstruosamente singular para la metamorfosis de Gregorio Samsa.

Esto no significa, claro está, que no existan lecturas más creativas o más singulares que otras.

Aprender a leer de otras maneras, ¿es una forma de aprender a habitar el mundo de otras maneras?, ¿es

una forma de ensanchar nuestra percepción de lo que nos rodea?, ¿es acaso una forma de preguntarse qué es exactamente una «mala» o una «buena» lectura, una lectura «fiel» o más bien «infiel»?

Así como existen talleres de escritura o métodos y «ejercicios» para estimular la creatividad, ¿por qué no podría existir una especie de método o taller de lectura creativa? Así como existe el Taller de Literatura Potencial (Oulipo), ¿por qué no podría existir una especie de Taller de Lecturas Potenciales?

Este es quizás el único libro mío cuya moraleja creo conocer: que si vivimos como leemos y leemos como vivimos, tal vez no vendría mal aprender a leer de otros modos; al menos, para sacudir ciertas rutinas.

¿Hace falta un método para algo así? Probablemente no. Probablemente esto no sea más que una broma o una provocación. Como aquellas instrucciones para hacer cosas (subir las escaleras) que no demandan instrucciones.

A lo mejor, este método no es más que un sincero tributo a la lectura. Un tributo bastante explícito que dio comienzo con mi libro *Círculo de lectores* (2019) o incluso bastante antes, con mi segunda novela: *La mujer de Wakefield* (1999).

Una versión más breve de este texto apareció como una de las muchas secciones que componen *Círculo de lectores* y fue el punto de partida para este método.

Agradezco a Juan Casamayor y a la editorial Páginas de Espuma por haber permitido que unos pocos fragmentos de la primera versión vuelvan a ser incluidos en este libro. Agradezco las lecturas y comentarios de mis admirados Daniel Levin Becker y Jean-Marie Saint-Lu. Agradezco también a Lola Rubio, Mariana Rey, Gastón Levin y todos en Fondo de Cultura Económica de Argentina, a Benoit Verhille y a todos en La Contre-Allée, Francia (el libro salió editado por ellos en una versión algo diferente) y, por supuesto, a Julián Lacalle y a todo el equipo de Pepitas.

Si algunos lectores desean proponer nuevos métodos, pueden enviarlos a metodoparaserlector@gmail.com. Una comisión de 273 sabios se encargará de experimentarlos y evaluarlos, uno por uno.

EDUARDO BERTI,
noviembre de 2024

I.

EMPIECE A LEER UN libro. Llegado a un punto anterior a la exacta mitad del libro (en la página 130, por ejemplo), piérdalo.

Encuentre otro. Haga de cuenta que es el mismo libro. Vaya enseguida a la página 130 y lea, a partir de allí, hasta el final.

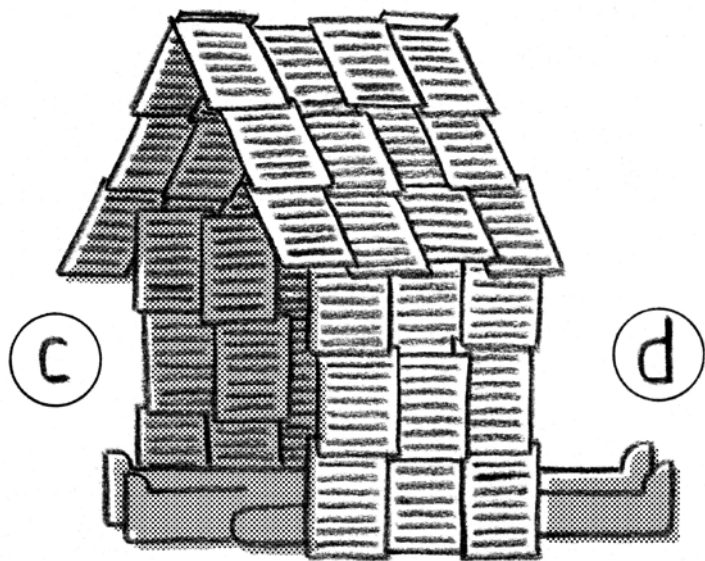
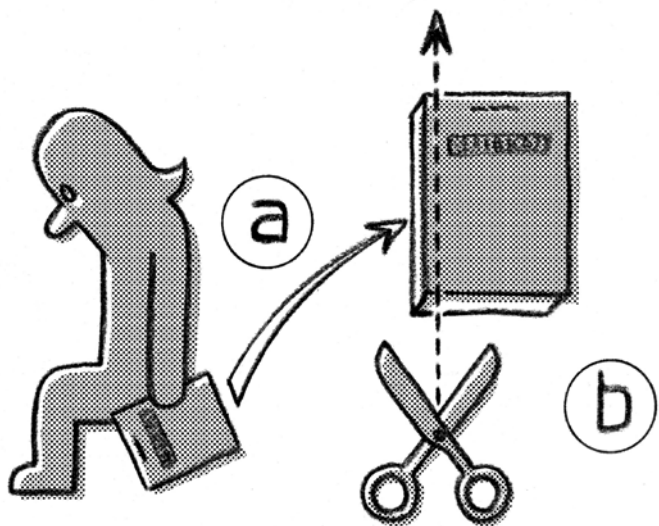
Es posible que deba hacer una serie de adaptaciones: entender que Mary ahora se llama Tania, que el pueblo rural de Texas es ahora un barrio de la gélida Novosibirsk, que míster Wilkinson no tiene más gallinas porque la señora Ivanov y las dos cabras de la señora Ivanov han ocupado en gran medida su lugar. Situaciones de esta clase.

Dígase que para esto sirven los buenos lectores.

CORTE UN LIBRO QUE no pudo terminar (que le resultó aburrido y «se le caía de las manos», como reza la expresión), córtelo con la complicidad de una tijera de acero (que no sea una de plástico, barata), construya una casa inmensa, un palacio de papel.

Pase unos meses adentro. Viviendo, pensando, durmiendo. Leyendo de vez en cuando lo que dicen las paredes, si es que los fragmentos de frases tienen algo para decir. Sienta que ahora, sí, al fin, este libro no lo expulsa, que se siente muy a gusto en el seno de sus palabras.

Invite a un amigo a pasar unos días en la casa.



VEA SI PUEDE IMITAR firmas ajenas. Al principio, usted lo intentará convencido de ser otro y llamarse de otro modo, pero la firma de siempre brotará de los dedos, con terquedad.

Con la práctica llegará a plasmar firmas tan diversas que nadie sospechará que son de una misma mano.

Pase entonces a la etapa superior: dedíquese algunos libros de su vasta biblioteca. No importa que Thackeray esté muerto hace siglos; no importa que Gustave Flaubert jamás habría estampado una frase cordial (o no) en castellano. Tome un libro de los que se consideran «inmortales» y haga que un escritor famoso se lo dedique a usted, lector ignoto.

Lea el libro (o reléalo) bajo la emoción de la dedicatoria.